

# LA EDUCANDA

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Miércoles 1.º de Octubre de 1862.

Núm. 43.

## LA INSTRUCCION PÚBLICA

DE LA MUGER.

En cerca de dos años de vida periodística no hemos creído oportuno tratar de la instrucción de la muger bajo el punto de vista de su administración, régimen y gobierno, porque lo considerábamos fuera del objeto inmediato de nuestras tareas y despojado del interés de actualidad que debe acompañar siempre á estos asuntos. En nuestro juicio, no se había despertado ese interés hasta que se ofreciera una y mas veces la próxima reforma de la ley de instrucción pública en el Parlamento por el ministro del ramo; y ahora que se acerca la nueva legislatura en que esta promesa puede ser cumplida, vamos nosotros á tratarla con relacion á la instrucción de la muger, siquiera sea correspondiendo al fin que en bien general de la instrucción pública han mostrado casi todos los periódicos especiales del ramo; y porque nosotros, que bajo el aspecto doctrinal y social venimos consiguiendo principios de radical influencia en el sistema de educacion que hoy se sigue para la muger, no cumpliríamos la parte mas trascendental é inmediata de nuestra mision, si en ocasion tan solemne pasáramos en silencio este asunto.

No tenemos por qué encarecer la importancia de la primera instruccion de la muger bajo el aspecto privado y público: bien conocida es la que para nosotros tiene su educacion, y de esto se deduce bien claramente

que, aun cuando en mucho tengamos la del hombre en su infancia, se sobrepone siempre la de la muger, de la cual hacemos depender los rudimentos de aquella.

Con arreglo á la organizacion que la ley de cuya reforma se trata, y la que próximamente ha tenido la primera instruccion en nuestro país bajo el imperio de las pocas leyes y reglamentos, pero muchas Reales disposiciones, que hemos conocido, al Estado corresponde, en lo relativo á la del bello sexo, la creacion del número suficiente de establecimientos llamados escuelas, para dar la elemental á las clases menesterosas, su sostenimiento con cargo á fondos públicos de diferentes clases, la vigilancia sobre los establecimientos creados por el interés privado, el espíritu de asociacion ó fundaciones benéficas; la prescripcion de las condiciones morales é intelectuales de su profesorado, con reserva de declarar su aptitud legal, y la vigilancia constante del desempeño de sus funciones. Tan altos é importantes objetos se han venido atendiendo hasta hoy con brevísimas y por tanto insuficientes disposiciones de mera referencia, cuando algunas de las relativas á la primera instruccion de los niños ha podido hacerse aplicable á la de niñas; mas semejante sistema ha hecho que la ley y demás disposiciones no se observen ni cumplan; y que tanto la instruccion pública como la privada, de la muger, se halle en un estado poco lisonjero.

Tiempo es ya de que tan importante ramo de la enseñanza, tan trascendental parte de la educacion pública reciba una organizacion le-



gal acomodada á sus condiciones presentes y á su progresivo desarrollo ulterior, para que sea cual conviene á los intereses de la civilizacion en el porvenir; porque de muy poco tiempo acá se han creado multitud de medios y elementos que reclaman una pauta fija, un criterio legal propio que determine sus circunstancias, establezca su marcha, y sirva á todos los objetos que lo hacen la ley, los reglamentos y la intervencion constante de los agentes administrativos encargados de su cumplimiento. No ha muchos años que apenas existian, como únicos establecimientos para la instruccion de la muger, un corto número de escuelas públicas debidas en su mayor parte á fundaciones piadosas. Nosotros hemos asistido, digámoslo así, á las primeras creaciones de la autoridad pública en la materia, y hemos visto establecerse sucesivamente y sin interrupcion las escuelas municipales, que llegan hoy á una cifra importante; y al propio tiempo con ellas han aparecido y se están aumentando los institutos, llamados escuelas normales, para la preparacion conveniente de un profesorado apto y digno para la instruccion de la muger. Aunque este laudable esfuerzo de la administracion en concurso con el interés público viene proveyendo, en cuanto es posible, á la mejora de la educacion de la muger, no es bastante á satisfacer las necesidades de la época y la poblacion: bien merece ya por su importancia el cuidado tutelar especial que corresponde ejercer al Estado, á fin de que, siendo mas fecundos sus resultados, se acreciente el interés por su propagacion, aumento y perfeccion.

En efecto: á la ley de instruccion pública, si bajo el principio de unidad que la vigente se ha de sancionar la reformada, corresponde determinar con absoluta independencia el número y clase de escuelas que ha de establecerse en cada uno de los pueblos de España, para que en consonancia con las necesidades sociales que la educacion ha de satisfacer, basten estas á prepararla debidamente al cumplimiento de la elevada mision de esposa y

madre. Al número y clase de escuelas, debe acompañar con la precisa claridad la base general de la instruccion que en ellas deba darse, y todo cuanto dice relacion á su sostenimiento, condiciones, deberes y derechos de su profesorado, autoridades á quienes se confie dirigirlas, administrarlas, inspeccionarlas, etc. Pedimos, en una palabra, que dentro de la ley de instruccion pública se formule con toda claridad é independencia la base orgánica de la instruccion de la muger, porque solo así se dá una pauta cierta que corte de raiz los males y conflictos que se vienen observando, se pone coto á multitud de abusos que de otra manera se pueden cometer, y se llena un vacío notabilísimo que no en vano se deplora, con solo advertir que la base fundamental de la educacion popular carece de la primera piedra que debe constituir la, que es la instruccion y preparacion de la muger para que pueda concurrir en primer término á su construccion.

Pero si necesario y urgente consideramos que la ley llene este inmenso vacío, mas urgente y necesario es que, si se cree bastante lo hasta ahora contenido en ella respecto á escuelas de niñas, se formulen y publiquen reglamentos especiales para la aplicacion y cumplimiento de los pocos y dispersos preceptos que sobre la materia se contienen en dicha ley. El reglamento especial para las escuelas de niñas de todos grados es imprescindible; pues si, como no puede menos de suceder, se reconoce la necesidad de que para ellas se sancionen preceptos legales primarios distintos de los relativos á las escuelas de niños, mayor razon milita aun para que lo sean los secundarios y de aplicacion práctica, como todos los que han de contenerse en reglamentos. El diferente carácter, condiciones y destino de la muger, exigen que las circunstancias que la rodeen y los medios de preparacion y desarrollo de sus facultades, sean tambien diferentes; pues de otro modo se la desnaturaliza y pervierte hasta el punto de hacerlas incapaces de llegar al cumplimiento



de su destino, y aun faltar al de algunos de sus deberes naturales. De aquí el que se reclame con sobrada razon una pauta legal que determine la base general de su primera enseñanza, que podemos llamar elemental para el mayor número y las mas humildes escuelas; que en ella se fije el límite de la instruccion teórica general, el de la práctica, los fundamentos de la especial del sexo, sin dejarse llevar en este punto de equivocados principios y doctrinas, que por muy excelentes y de brillantes resultados que sean para el hombre, aparecen y son por lo menos inconvenientes para la muger. La instruccion, pues, su orden, desarrollo sucesivo y gradual en la escuela, medios de realizarlo, límite que debe tener en cada clase de escuelas, ejercicios y prácticas que han de servirla de complemento, disciplina, inspeccion y administracion de las escuelas, premios y medios de emulacion, todo esto ha de prescribirse con claridad y detenido estudio en el reglamento que á nuestro juicio debe formarse y publicarse inmediatamente á la reforma de la ley, pero referente solo á la instruccion pública y privada de la muger; porque en vano se pretenderá que ella sea tan escogida y propia cual conviene, á no hacerla tan distinta y regular como el sexo y sus especiales fines lo exigen. No creemos que haya nadie que dude de la bondad y necesidad de que sea un reglamento particular y especialísimo el que se sancione para las escuelas de niñas, con tanto mas motivo, cuanto que el desarrollo que la instruccion de la muger vá tomando en nuestro país, reclamará muy en breve disposiciones particulares para ciertas clases de establecimientos, que sobre hacer muy prolijos los reglamentos generales de primera enseñanza, vendrian á resultar hasta con un contenido impropio. Las escuelas elementales de niñas, las superiores y cualquier otro grado intermedio ó inferior que se considerase necesario para establecer una escala natural y acertada en el desenvolvimiento y perfeccion de la enseñanza para la satisfaccion de las necesidades

en las diferentes clases sociales, las escuelas y colegios particulares, las escuelas dominicales, las de los diferentes institutos religiosos, y por último las normales, todas necesitan disposiciones diversas por que regirse en lo que tienen de diferentes, que no dudamos vendrán á contenerse en el reglamento que confiamos ver muy en breve.

L. R. Y P.

## EFFECTOS DE LOS ABUSOS DEL LUJO.

(Continuacion.)

En la clase media no son menos funestas las consecuencias de los abusos del lujo, siendo en esta categoría de ciudadanos donde principalmente se encuentran la vida del cuerpo social y sus medios de bienestar, porvenir y estabilidad, puesto que ella es la que hace florecer las ciencias, las artes y las industrias; ella, la que marca el progreso en las familias; la instruccion, la educacion, el perfeccionamiento en los individuos; y ella, en fin, la que gobierna la civilizacion, la que la hace adelantar ó retrogradar, la que la impulsa por buena ó mala via. Por una induccion necesaria, la enojosa influencia que estudiamos podrá ocasionar en el individuo, en la familia y en el Estado la decadencia de las artes, de las ciencias, de las industrias y del crédito; la bancarrota, la miseria y la corrupcion; la anarquía, la insurreccion y la guerra civil con todos sus desastres: necesario es, pues, que fijemos muy particularmente la atencion en esta clase social, para distinguir el mal y atacarlo eficazmente.

La clase media, considerada bajo el punto de vista de la fortuna adquirida, ó de los medios seguros de obtenerla, presenta al modesto propietario, al sacerdote, al magistrado, al militar, al hombre de la ciencia, al que ejerce una profesion liberal, al artista, al industrial, etc., ninguno de los cuales puede, sin exponerse á los mas inminentes peligros, dar oidos á las seducciones de la vanidad y



del orgullo, lanzándose á las vias mas ó menos ruinosas del lujo.

En efecto, tan luego como quieren salir de las condiciones de lo *necesario*, para empuñarse en las de lo *supérfluo*, y abandonan la vida laboriosa por una existencia disipada, sobre todo cuando se comprometen en el juego ó en las orgías, sus profesiones padecen, sus fortunas peligran y sus casas se arruinan: entonces no suele haber para ellos, ni para sus familias, otra perspectiva que la desnudez, la indigencia, la mendicidad; y degradados por el vicio, irritados por los sufrimientos, incapaces de recuperar los hábitos de orden y economía, ordinariamente llegan á ser *caballeros de industria*, *petardistas*, estafadores, y toman el camino de los garitos y de los peores lugares para llegar á un presidio.

Contemplemos un hombre de regular inteligencia, que ejerce una profesion lucrativa, y que hasta el presente, con su actividad y buena conducta, ha hecho, como se suele decir, *buenos negocios*: por su desgracia, encuentra en sus relaciones amigos ociosos, que pasan su vida en los cafés, en las casas de juego, en los sitios públicos, etc. Estos hábitos le arrastran, le seducen, obligándole progresivamente á abandonar su casa y los deberes de su profesion ó cargo: sus ingresos disminuyen en proporcion al aumento que adquieren cada dia sus desarreglados gastos. Durante su vida activa y ejemplar, concedia lo *surpérfluo* á la prevision del *ahorro*; pero en su vida disoluta y ociosa, lo *necesario* de su muger, de sus hijos y de él mismo, se halla vergonzosamente sacrificado á lo *supérfluo* de sus libaciones y orgías. Pero tan deplorable estado de cosas no puede prolongarse, porque las necesidades ficticias continúan, y los recursos con que subvenir á ellas se han agotado enteramente. Se venderán los muebles, se *hará dinero*; se probará fortuna por última vez; pero si la suerte no responde, la ruina se consuma.... Entonces pasa de la carrera del vicio á la del crimen.... Entonces

juega *con ventaja*, y el crimen produce lo que el vicio no habia dado; pero el crimen llega á descubrirse, y recibe su justo castigo.... ¡Pobre familia, no bastaba á este hombre reducirte á la miseria, era menester tambien que te llenase de deshonor!

LA MUGER DE LA CLASE MEDIA, en las mismas condiciones de fortuna actual ó de probable riqueza futura, unida al hombre que eligió, labrará el bienestar ó la ruina de su casa, y será la honra ó la vergüenza de su familia, segun la conducta que quiera observar. En la muger, sobre todo, consiste que la economía doméstica peligre ó prospere, y que la educacion de los hijos sea moral ó viciosa: ¡qué asunto de reflexiones graves para una esposa! ¡qué bella ó peligrosa mision para una madre!...

Observemos á esa muger en medio de los suyos: ocupada enteramente hasta hoy en los cuidados que reclaman su marido, sus hijos y su casa, esparce en derredor suyo una como atmósfera de bienestar, de desahogo y de felicidad: todo prospera bajo la vivificante influencia de su espíritu de orden, de su prudente y juiciosa economía. ¡Qué cambio vá á efectuar en este modesto y feliz hogar el desarrollo de la causa fatal que estudiamos!

Esa muger solo mostraba una imperfeccion que permanecia casi oculta, por falta de ocasion para revelarse, manifestaba cierta inocente coquetería, vanidad, aficion al adorno y compostura; pero su razon, la cortedad de sus medios y la falta de relaciones capaces de estimular su propension, la habian garantido del peligro.

En virtud de la constante laboriosidad de su marido en la honrosa profesion que ejerce, los recursos se aumentan, las relaciones se extienden; el haber frecuentado algunas casas suntuosas hace que esta muger encuentre la suya *demasiado sencilla*; pero el elegante y esmerado porte de sus nuevos conocimientos le hace sentir muy particularmente lo atrasada que se halla bajo este último respecto. Su propension natural se despierta, se exalta,



domina su razon, subyuga su voluntad. En todo cuanto la rodea, y en ella sobre todo, la sencillez de buen gusto, bien entendida y sin pretension, cede su lugar al lujo amanerado, á veces molesto y siempre oneroso, á la afectacion tanto mas ridícula, cuanto que nunca es mas que una insignificante copia de la magnificencia que se ha tenido la vana pretension de imitar.

Preocupada ya con sus relaciones y con la necesidad de distinguirse en ellas, esa muger cuida menos del orden de su casa y de la economía de sus gastos, los cuales toman una extension deplorable, porque excediendo á la cifra natural de su presupuesto, vé el marido que su trabajo, aun llevado hasta la fatiga, no puede ya bastar á las prodigalidades, que ocasionan mucho daño á su familia, sacrificando á las vanidades de lo supérfluo las exigencias de lo extrictamente necesario.

Hace el marido observaciones prudentes y comedidas; esfuérase la muger por persuadirle de que se engaña, y de que en su posicion, y por su interés, lo que él mira como una necesidad ficticia, no es otra cosa que un sacrificio indispensable á lo que conviene para el porvenir; y en un traje, en un baile ó en un convite, se gasta la suma suficiente para vivir decorosamente esta familia durante seis meses.

Insiste el marido de parte de la razon, y esta vez con firmeza severa; quéjase la muger de parte de la locura, llora, y se considera desgraciada; indisponense; el termómetro de los afectos baja, el barómetro de la buena inteligencia suele estar en tempestad; y en semejante casa, como en todo reino dividido, la prosperidad peligra, la comodidad disminuye, y la felicidad se desvanece como un sueño.

Esa muger, contenida por su buena educacion, por sus principios religiosos que, aun mal comprendidos, serán un freno saludable todavía, no cometerá faltas graves contra la moralidad y el honor; pero ¿no es nada el haber comprometido el porvenir de sus hijos;

haber hecho desgraciado á un hombre estimable que la amaba, y sacrificado, por un vano goce de amor propio y de orgullo, la felicidad de la vida íntima, que una vez arrancada del corazon solo deja en él un frio mortal que con nada desaparece, y un vacío espantoso que ninguna otra satisfaccion puede colmar?...

Pero si la religion con su intervencion protectora no acude á esa casa devorada por el lujo, entonces introdúcense en ella, como fatal consecuencia de este abuso, el vicio, la depravacion y el crimen.

La madre sostiene su fasto por medios que no debemos expresar; el padre conserva el suyo con dilapidaciones y estafas, no sin las mayores probabilidades de tener ambos por último asilo la reclusion con sus infamias.... ¡Pobres hijos, no bastaba á estos indignos padres condenaros á la miseria y á la vergüenza, era necesario tambien que os dejasen en un abandono tan cruel y peligroso para vuestro porvenir!

J. T. L.

## LA GIMNÁSTICA

EN LA EDUCACION DE LAS NIÑAS.

Todos los ejercicios físicos que se adopten en la educacion de las niñas, deben producir el doble efecto de asegurar la salud y efectuar el mas completo desarrollo posible de las facultades intelectuales y morales: cuanto mayor sea la eficacia de los ejercicios para conseguir estos resultados, mas atencion y preferencia han de merecer á la madre de familia para emplearlos segun las circunstancias y las localidades le permitan.

Tales son aquellos que se denominan especialmente ejercicios de *gimnástica*, palabra antigua, puesto que se deriva de los usos de la Grecia; pero cosa muy nueva en nuestros tiempos, sobre todo, aplicada á la educacion de las niñas.

La gimnástica, entre los griegos y entre los romanos, consistia principalmente en la *carrera* y en la *lucha*. Nuestros abuelos practicaban los ejercicios del cuerpo generalmente con una pasion exagerada:



los hábitos de la caballería hacia necesaria la fuerza corporal: para vencer en las justas y en los torneos, era necesario ser el mas robusto y el mas diestro. Así se realizaban prodigios de gimnástica en la educacion de los jóvenes señores que aspiraban á ser un día caballeros; pero entonces la gimnástica parecia no ser mas que una preparacion para el ejercicio de la guerra; no era considerada como una ley de higiene, como un medio de salud y de moralidad, y no formaba parte de la educacion de las niñas, enteramente descuidada en aquella época, y demasiado hasta nuestros días.

De algun tiempo á esta parte se ha hecho mucho para introducir la gimnástica en la educacion de los niños, y ensayos muy recientes han tenido por objeto hacerla adoptar como medio de educacion para las niñas. Con este fin se han establecido algunos gimnasios, y conocemos mas de una madre, que por interés de la salud de su hija, le ha hecho tomar parte en estos ejercicios, con un éxito casi milagroso.

En rigor, todo lo que es ejercicio corporal pertenece á la gimnástica. Así, pues, la marcha, que es una sucesion de movimientos suaves y regulares; el paseo, que es una marcha variada, y el baile, que se compone de movimientos mas vivos, son una verdadera gimnástica de las extremidades inferiores. El juego del volante, y en general, los juegos que obligan á mover los brazos, son ejercicios gimnásticos aplicados principalmente á las extremidades superiores. El juego de la cuerda, que ejercita á la vez los músculos de las piernas y los de los brazos, tiene este doble carácter. La lectura oral y el canto, ejercitan los órganos de la voz por medio de otra especie de gimnástica. En pocas palabras, quien dice gimnástica, dice ejercicio destinado á fortificar el cuerpo ó á darle armas contra ciertos peligros imprevistos.

Sin embargo, la palabra *gimnástica* tiene otra acepcion mas especial, que es el exclusivo objeto de este artículo. Significa lo que se enseña en los *gimnasios*, los diferentes ejercicios á los cuales someten los maestros ó maestras á sus alumnos ó alumnas, y que ordinariamente exigen ciertas disposiciones locales, inútiles para los simples ejercicios de la marcha, del baile ó del canto.

Los ejercicios que se enseñan en los gimnasios de niños, son numerosos y complicados; muchos de ellos no convienen en un gimnasio organizado para la educacion de las niñas. Todos los ejercicios que llevan en sí cierto carácter de osadía y aun de teme-

ridad; todos los que obligan á tomar posturas inconvenientes para las niñas, han de estar severamente excluidos. La madre que pueda llevar á su hija á un gimnasio, no debe permitirle andar sobre un pórtico de grande altura, donde, sin demasiado temor, dejaría tal vez que su hijo se arriesgase. La muger se vé muy rara vez en los grandes peligros que el hombre debe saber arrostrar.

Para la niña, toda la gimnástica se ha de concretar al desarrollo ó al restablecimiento de las fuerzas musculares, á su crecimiento, á la curacion de las desviaciones del cuerpo ó de las extremidades.

Los médicos y las personas que enseñan la gimnástica á las señoritas, opinan que la edad mas favorable para estos ejercicios, es la de la adolescencia.

«Un exceso de vida y de fuerza, dice el autor de la *Calisthenia* ó *Gimnástica de las niñas*, parece que necesita ser empleado en movimientos activos y repetidos. En la adolescencia ofrece la gimnástica mas ventajas y se aplica con mejor éxito, porque es la época del desarrollo de todas las partes que los movimientos no pueden menos de favorecer. Creemos tambien que es la única edad en que la verdadera gimnástica es realmente útil, porque si mas tarde las mugeres pueden usar de sus fuerzas, es evidente que carecerán de la flexibilidad, destreza y vivacidad necesarias para la ejecucion de muchos ejercicios.»

Aplicada á la niña adolescente la gimnástica «dirige el desarrollo progresivo de las fuerzas corporales, aumenta el vigor, la flexibilidad, la agilidad y la destreza, favorece la circulacion de la sangre y de los humores, la conservacion de la salud y la prolongacion de la vida.» (Jullieu, *Ensayo general de educacion*.)

No nos proponemos emplear los términos técnicos de la ciencia, anatómica ó fisiológica, para demostrar á la madre de familia que los ejercicios gimnásticos son muy útiles para desarrollar las fuerzas y asegurar la salud de las niñas. Solo podemos afirmar esto, como cosa demostrada por la experiencia, y añadiremos, que si la niña ha contraído alguna imperfeccion, tal como una desviacion en la cintura ó de las piernas, la gimnástica es mas eficaz para curarla, que los aparatos ortopédicos encomiados generalmente. Tambien es un hecho de experiencia muy probado, que, en muchos casos, la gimnástica no es menos propia para restablecer la salud de una niña enferma, que para conservarla sana y fuerte en posesion de este precioso bien.



Como no separamos las ventajas morales y la utilidad física, decimos tambien que los ejercicios gimnásticos, estableciendo entre todos los órganos un equilibrio saludable, á beneficio de una laxitud corporal, que presta calma á la imaginacion y al corazon, son un preservativo contra las malas inclinaciones y contra las pasiones nacientes. Son igualmente favorables á la accion de la inteligencia, pues esta, por consecuencia de las relaciones misteriosas del alma y del cuerpo, se ejercita mas libremente cuando ningun obstáculo físico deliene su vuelo.

(Se continuará.)

## MUERE Y VIVIRÁS.

(Cuento fantástico).

Rafael, despues de un sueño apacible, acostumbraba despertarse abriendo poquito á poco sus párpados y devolviendo su saludo al sol con una sonrisa de buen amigo. Dos años hacia que con frecuencia solia ser mas dulce su sueño y su despertar mas regalado, porque apenas entraban en su dormitorio los rayos del nuevo dia, dos brazos palpitantes de cariño rodeaban su cuello y una boca deleitable se juntaba con la suya.

Pero una vez Rafael durmió de muy distinta manera, soñó cosas muy extrañas, y despertó de un modo mas extraño todavía.

Soñó que se hallaba tendido en su lecho, solo y envuelto en las tinieblas de la noche. De pronto apareció un personaje de simpático y venerable aspecto. Cabellos blancos cubrian su anciana cabeza: en su rostro brillaba un alma limpia y una bondad expansiva, templada por cierto aire de melancólica dignidad. Vestia sotana y sobrepelliz, una ancha estola cruzaba su pecho. Acercóse á Rafael el sacerdote, descubrió una especie de vinagera de plata, que debajo de la estola y junto al seno ocultaba, mojó en su contenido la punta de una espiga del mismo metal, y empezó á hacerle cruces con ella en los ojos, en los oídos, en la nariz, en los labios, en las palmas de las manos y en las plantas de los pies, murmurando frases de misterioso sentido. Sacó despues de la cajita un poco de estopa, limpió suavemente las partes untadas, arrodillóse, oro un momento y se marchó con el monaguillo.

Rafael quiso levantarse, pero no acertó á mover un solo músculo de su cuerpo; quiso gritar, pero su voluntad ardiente no logró formular una sola sílaba. Al cabo de un rato parecióle oír ahogados sollozos y mal reprimido llanto. Dos personas entraron en la estancia, hablando en voz queda. Una de ellas dejó encima de un reclinatorio la vela que traía. La otra, en quien reconoció al sacerdote que antes había visto, y que ahora vestía so-

tana y manteo, descolgó un crucifijo y un espejo. Ambos se acercaron á la cama. El primero tomó el pulso á Rafael y le miró largo tiempo de hito en hito: el segundo le colocó encima de su pecho el crucifijo, le aproximó el espejo á sus labios glaciales y le bajó uno despues de otro los párpados.

Despues se apoderó de Rafael un sopor profundo, letárgico, de plomo, que fué interrumpido, sin embargo, por un ensueño. Parecióle que iba solo en un barco. Este se tambaleaba como un ébrio, pero caminaba, caminaba, surcando velozmente las olas embravecidas. De súbito se puso en pié cual movido por un resorte, y Rafael cayó desplomado al mar. Una doble impresion de angustia y de frio le hizo lanzar un gemido sordo. Luego sus entrañas, sus arterias, sus miembros se estremecieron: el vértigo del terror sacudió todo su cuerpo con la formidable violencia de un vendabal. Entonces exclamó convulso:

¡Catalina! ¡Catalina! ¡Socorro!....

Nadie le contestó, ni aun el eco.

Lleno de un horror indefinible buscó á tientas á su idolatrada esposa. Su mano golpeó rudamente un objeto. Rafael sintió que se le despegaban las carnes y que un dogal de hielo se le enroscaba en su corazon. Quiso incorporarse, y un tremendo golpe y una sensacion de dolor agudísimo le hicieron caer bruscamente de espaldas.

¡Dios mio! ¿En dónde estoy?—gritó con acento de inmensa agonía.

Alzó el brazo por encima de su cabeza, y conoció que se hallaba encerrado en una cárcel estrecha, muy estrecha.

La suprema desesperacion es un relámpago que ilumina instantáneamente las mas tenebrosas regiones del espíritu. El de Rafael se halló de improviso frente á frente con la pavorosa realidad. Un recuerdo centellante se levantó gigantesco sobre los demás y se lo explicó todo. Al lado de Catalina estaba, en sabrosa plática con ella, sentados los dos en un divan. De repente parecióle que un hierro hecho ascua le taladraba las sienes, cayó sin sentido, recobróse un momento; voces y ayes resonaron; en medio del ruido oyó repetir muchas veces la frase ¡se ha muerto!... Sus sueños no eran sueños, le habían administrado la Extrema-Unction, le habían creído muerto, estaba.... enterrado vivo.

Rafael apenas podia respirar, la atmósfera le sofocaba; sin embargo, tiritaba de frio. Se arrodilló, arrimó las espaldas á la parte superior de su cárcel de madera, hizo un esfuerzo; el ataud crugió sordamente, rechinó su cerradura. La desesperacion multiplicó sus fuerzas; dió una sacudida de atleta, el ataud saltó á pedazos.

Había salido de un calabozo para encontrarse en otro, mas ancho sí, pero del cual nadie sale para el mundo.

Rafael creía en Dios, tenía en él esa íntima y risueña



confianza que el niño tiene en su madre; tan seguro estaba de Dios como las flores, como las aves del cielo, como los corazones inocentes. La duda nunca había empañado el brillo de su inteligencia, su alma resplandecía al igual del firmamento en las alegres mañanas de abril y mayo. El amor de Dios había comunicado ternura, celsitud, pureza singular á los nobles amóros, á las generosas aspiraciones, á los sentimientos hidalgos que anidaban en el pecho de Rafael. Por eso ni aun en su mente blasfemó al verse en la mas espantosa de las situaciones posibles. Apenas la crisis de su fragilidad hubo estallado en mil gritos desgarradores, en mil voces de auxilio á sus semejantes que socorrerle no podían, rompió en llanto copioso y llamó á Dios desde las profundidades de su corazón desolado, desde los abismos de su desamparo incomparable. Cayó de hinojos sobre las losas fúnebres, la oración levantó su espíritu anonadado, como una hermana de la caridad levanta á un enfermo que desfallece; un valor sobrehumano, sublime, prepotente, como la fé que desgaja los montes, restauró por completo sus fuerzas morales, y esperó.

Súbitamente una hebra sutil de plateada luz penetró en la tumba, cual esos rayos furtivos de luna que atraviesan el tupido follaje de un bosque. Volvió Rafael la cabeza, y vió junto á sí... vió á un mancebo de gallarda apostura. Mas blanca que el plumaje del cisne era la túnica que en airoso pliegue, desde los hombros á las plantas, le caía. Dos alas blancas como su vestido le engalanaban. Una corona de ciprés ceñía su frente. Sus ojos eran de azul claro y su rostro revelaba tesoros de compasión y una dulce melancolía. Con los brazos cruzados, con triste sonrisa contemplaba á Rafael. Este no se atrevía á hablar, temeroso de que su hábito desvaneciese aquella visión tan encantadora.

—Nada temas, hermano mio, —dijo el mancebo;— consolar es mi destino, vengo á consolarte.

—¿Quién eres?—preguntó tímidamente Rafael.—Tus facciones no son de mortal. Los hombres mas buenos no derraman como tú las bendiciones del consuelo antes de hablar, antes de obrar, con solo presentarse.

—No soy hombre, pero amar al hombre es el mas bello de mis deberes y una de mis dichas mayores. El Señor crió las flores para exhalar el perfume, á mí me ha criado para perfumar los corazones con la divina esencia del amor. Los lechos de agonía, en las moradas de los hombres, en los campos de batalla, en los llanos, en las cumbres, en todas partes, son los mas sagrados deleites míos. Del moribundo aparto remordimientos desesperanzados y espectros de memorias crueles. Cuento y recojo las lágrimas de la resignada desventura, y trocadas en perlas inmortales se las devuelvo, para que enguinalden su frente en las alegrías del cielo. Soy hijo de la Esperanza bendecida, que tiene su trono al lado del Señor y re-

parte á todos los humanos la única felicidad real que os ha cabido en suerte durante vuestra peregrinación por el mundo. Yo alfombró de frescas flores, y flores sin espinas, el último lecho de los mortales, para hacerles dulce y sosegado el reposo de la tumba. Muchos desgraciados sienten morir porque no me ven al exhalar su postrer aliento, y por eso sus cadavéricas facciones conservan un aire ceñudo y sombrío; pero los que mueren contemplándome y no resisten mis consolaciones, cadáveres, aun sonríen.

—Dime, pobre hermano, —continuó la visión.—¿Quieres dejar la tumba? ¿Quieres seguir otra vez el camino del destierro? ¿Quieres vivir mas todavía?

—¡Ah! sí. ¡Quiero ver á Catalina!

—¿Y te quedarás á la puerta de la eternidad sin entrar en ella?

—¡Hágase la voluntad de Dios! si él lo ordena, en la tumba quedaré.

—¡Bendito seas, eres un justo, merecias ser querubín! Para que tus deseos de vivir se aumenten ó perezcan, lee en el porvenir.

El ángel arrancó de su cintura un espejo formado de un diamante pulidísimo de extraordinarias dimensiones y engarzado en un marco de coral, y poniéndolo ante los ojos de Rafael, le dijo:

—¡Mira!

Rafael miró.

Presentóse á su vista una casa enteramente nueva, al parecer: pues el verde de las persianas, el negro de las barandas y verjas de hierro y el bruñido yeso de las paredes, eran de obra muy reciente.

—¡Ah!—gritó Rafael.—¡La casa paterna de Catalina, donde efectuamos nuestra boda! ¡La han compuesto!

El patio y el portal, hasta la calle, estaban atestados de rústicos labriegos. Guitarras y bandurrias incitaban á bailar á la gente moza.

—Pero ¿qué fiesta es esta?—vociferó Rafael.

Este se encontró de repente en un lujoso gabinete: era riquísimo el mueblaje y parecía recién salido de los talleres de un hábil ebanista. Una muger radiante de gracias seductoras, admirablemente vestida con un traje de gasa blanco, con vueltas anchísimas color de lila, y una corona de rosas, también blancas, en la cabeza, sentada enfrente de un espejo veneciano con marco dorado de exquisita labor, ajustaba á sus brazos unas sargas de perlas orientales con broches de coral y oro. Sonreíase á sí misma con inefable contentamiento, cual si nunca hubiese contemplado su graciosa y simpática figura.

—¡Catalina mía!—exclamó Rafael abriendo los brazos con un ademán de adoración y de infantil gozo imposible de expresar.

Pero Catalina ni siquiera volvió la cabeza.

Un hombre lujosamente vestido, pero de aspecto vul-



gar, feo y de ojos pequeños y centellantes, entró en el gabinete, se abalanzó á Catalina y estampó un ósculo larguísimo en su frente.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que veo?—exclamó Rafael fuera de sí.

—¡Ah!—contestó una voz á su lado:—en año y medio los muertos mas queridos se olvidan. Estabas tendido anteayer en tu lecho de muerte, y Catalina acariciaba ya en su imaginacion olvidadiza el proyecto de casarse con ese hombre: dentro de año y medio sucederá lo que ves al través de este diamante.

Rafael cayó anonadado dentro del ataúd. Hondamente herido en el mas grande y legítimo de sus terrenales amores, la vida se le presentó como un desierto sin horizonte, cubierto con un sudario inmenso de nieve. Su alma tiritó de frio, se desmayó de fatiga. El ángel de la muerte le preguntó:

—¿Quieres descansar en el seno de Dios?

—Sí,—murmuró Rafael con un gemido lastimero,—quiero descansar.

El ángel le puso blandamente una mano encima del corazón. Una sonrisa de inefable felicidad floreció en el rostro de Rafael, que reflejó las bienaventuranzas todas del cielo: sus manos se cruzaron por sí mismas sobre su pecho.

Y el ángel de la muerte, mirándole como una madre cariñosa al niño que dormita en su regazo, exclamó con acento de insondable cariño:

—¡Hermano, hermano mío, muere y vivirás!

#### DELICIAS DE LA PATERNIDAD.

La feria empezó hace diez dias, y con ella la delicia de los muchachos y el terror de los papás. Para estos cada uno de los tenduchos improvisados que se extienden en doble hilera desde la fuente de la Alcachofa hasta cerca del santuario de Atocha, es una cueva de gente que los amenaza constantemente con dejarlos sin un cuarto. Cuando los infelices pasean *en familia* por delante de los tentadores puestos, van cabizbajos y meditabundos, como el reo que sacan de la capilla para conducirlo al patíbulo.

Imaginen ustedes un patriarca del hogar con un chiquitín de cada mano y precedido por la costilla y la niña mayor. A cada paso que dá por aquel paseo, se vé en la precision de sostener un animadísimo diálogo y de emplear raudales de elocuencia para persuadir á los tiernos pedazos de su alma, de que no se puede comprar una cosa en cada puesto, y de que mas adelante hallarán juguetes mas bonitos y acerolas mas gordas.

—Papá, cómprame este Juan de las viñas.

—Si es muy feo, hijo mío.

—No es sino muy bonito; mira cómo le hace bailar la tendera.

—Papá, cómprame á mi ese sable de caballería.

—¿Un sable?... ya te he dicho, Arturo, que no quiero armas en casa.

—Pues si no, este tambor.

—¡Nada de armas!

—¡Pero un tambor no es un arma, papá!

—Es un instrumento belicoso, y yo no quiero que tengas esos instintos guerreros.

—¡Papá, papá! ¡mira qué berlina tan bonita!

—No seas tonto, hombre, ¿no ves que no tiene mas que un caballo?

—¡No importa! cómpramela.

—Ya te las enseñaré con cuatro normandos y un postillon, en la calle de Carretas.

—¿Y con cuatro ruedas?

—No sé si tienen cuatro ó seis; pero lo menos deben tener cuatro.

—¿Y esta flauta, papá?

—Pero, muchacho, ¿si tú no sabes música!

—¡Yo la aprenderé!

—¡Si, como eres tan aplicado!

—Pues yo que lo soy, papá, cómprame este violín.

—¡Nada que sea meter ruido! ya saben ustedes que el vecino de al lado riñe cada vez que oye volar una mosca.

—¡Yo lo romperé pronto, papá!

—¿Romperlo?... ¿conque te lo habia de comprar para que lo rompieras en seguida?

—Pero, papá, ¿tú no quieres comprarnos nada!

—¡Mas adelantel.... ¡Mas adelantel!

—¡Ay, papá, qué caballo tan bonito!

—¡Caballero! ¡lo doy de balde, si usted encuentra otro mejor en toda la feria!

—¿Lo oyes, papá? ¡el mejor de todos!

—¡Yo quiero uno!

—¡Vamos, señorito, no se haga usted de rogar! ¿no vé usted que se les van los ojos á esos angelitos?

—¡Anda, papá!

—¿Cuánto vale ese caballo?

—Un duro.

—Es muy grande. Tomaremos otro mas pequeño.

—¡Yo quiero el grande!

—¡Y yo!

—¡Si ustedes no se callan, no compro ninguno.

—¡Tienen razon los angelitos, y si usted no se los compra, yo se lo regalo.

—¡Calla! ¿de cuándo acá se han vuelto los vendedores tan generosos?

—Yo siempre lo he sido, caballero. ¿Quién regatea cuando se quiere complacer á esos pimpollos?

—¡Tadeo!



—¡Papá!

—¡Allá voy, muger!

—Ven, y verás qué pañuelos bordados hay en esta tienda.

—Espérate que despache con estos satanases. Vamos, Arturo, toma este caballo.

—¡Yo no quiero esel.... ¡el otro! ¡el mas grande!....

—Pero, muchacho, si no vas á poder con él.

—¡Tadeo!

—¡Que ya voy, muger!.... Vamos, cógelo, pero se lo has de dejar á Enrique para que tambien juegue con él.

—¡Yo quiero uno para mí solo, como el de Arturo!

—Pues ya se vé que sí, hijo mio,—repone la vendedora:—¡toma tú otro igual! Entre hermanos no debe haber preferencia.

—Pero, señora, ¿quiere usted dejarnos en paz con sus ofrecimientos? Si tuviera usted cuatro hijos, no se mostraria usted tan generosa.

—¿Y quién le ha dicho á usted que no los tengo?

—¡Pero, Tadeo! ¿vas á estar ahí toda la noche? despacha á esos gandules y ven á ver estos pañuelos.

—¡Allá voy, muger, allá voy! ¡Vamos, toma tu caballo, toma tú el tuyo, y cuidado con pedirme nada mas! ¿cuánto es?

—Ya lo sabe usted, dos duros.

—Vayan dos napoleones.

—Y dos reales.

—No doy mas, porque uno es mas chico que el otro.

—Pero, cristiano, ¡si están hechos en el mismo molde!

—¡No doy mas!

—¡Pues vaya usted con Dios, rumboso! gaste usted los diez y siete cuartos en un sinapismo y póngaselo usted á mi salud.

—¡Insolente!

—¡Mi caballo es mas pequeño que el de Enrique!

—¡Mentira!

—¡Pues cámbiamelo!

—¡Pues no me dá la gana!

—¡A ver si callan ustedes! ¡Pues no faltaba mas sino que armaran aquí un escándalo!

—¡Mi caballo es mas chico!... ¡yo quiero el de Enrique!

—Y yo no quiero dártelo.

—Porque el tuyo es mas grande.

—Mentira.

—¡Silencio!... el primero que me chiste, llamó á un guardia civil para que se lo lleve.

—Pero, ¿qué es eso, Tadeo?

—Nada, muger, estos diablos que no hacen mas que quemarme la sangre.

—Yo no soy, mamá, es el egoista de Arturo, que lo mejor lo quiere para él.

—¡No es cierto!... ¡y á mí no me llames egoista, ó te rompo la crisma!

—¡Niños! ¡Arturo!... ¡Enrique!

—¡Cómo! ¡qué se entiende! ¿amenazarse entre hermanos?

—¡Pues que no me llame egoista!

—Te llamo lo que eres.

—¿Lo ves, muger? ¿ves lo que te he dicho, que no se puede salir con ellos á ninguna parte? ¡Vamos á casa! ¡á casa!

—¡Hiji!... ¡Hiji!...

—¡Déjalos, que ya van á ser buenos!

—¡Pues cuidado con el primero que me chiste!

—Ven, que Elisa quiere comprar unos pañuelos de bolsillo.

—¿A cómo es la docena?

—A diez y ocho duros.

—Son muy caros, Luisa.

—¡Pero eso pide por ellos! ¿quiere usted diez?

—¡Señora! ¿quién le ha dicho á usted que son robados?

(Enrique y Arturo aparte.)

—¡Ya verás en llegando á casa!

—¡A tiempo llegarás!

—¡Birrias!

—¡Zoquete!

—Papá, ¿no ves á Enrique? ¡me está llamando Zoquete!

—¡Y él me llama Birrias!

—¡Mentira!

—¡Niños!

—Vamos, ¿los dá usted en doce duros?

—Pero, muger, ¡si yo creo que no valen diez!

—Cállate, hombre, ¡no digas disparates! ¿no ves esto bordado? ¡bien que tú no lo entiendes!

—¡Ay, papá, papá! ¡mira qué peonza trae ese hombre!

—¡A doce cuartos, señorito!

—¡Yo quiero una!

—¡Y yo otra!

—¡Dije á ustedes que ya no me pidieran mas!...

—Nada mas que una peonza, papá.

—¡Y tras de la peonza vendrá lo que Dios quiera!

—¡A doce cuartos!

—Papá, ¿lo oyes? ¡á doce cuartos! ¡cómprame una y ya no te pido mas!

—¡Y á mí otra!

—Hombre, cómprasela por no oírlos.

—Pero, muger, ¡si á cada paso tenemos la misma canción! Déles usted una peonza á cada uno.

—¡Una que baile bien!

—¡Brrrrrr!

—¡Esa es la mia!



—¡Nó, que es la mia!

—¡Que yo la escogí primero!

—¡Mentira, que fui yo!

—¡Una á cada uno, y fuera de cuestiones, ó no hay peonza!

—Vamos, ¿dá usted los pañuelos?

—Por quince duros, si usted los quiere.

—Doce.

—¡Nó, señora!

—Déjalos, muger, en otra parte los encontraremos mas baratos.

—Pues vámonos.

—Escuche usted, señora, ¿dá usted los eatorce?

—No se dá mas que lo dicho.

—¿Los trece?

—¡Nada mas!

—Pues tómelos usted, aun cuando pierda el dinero.  
(Enrique y Arturo al paño.)

—Mi peonza es mas bonita que la tuya.

—¡Mejor!

—¿Qué apuestas á que baila mas?... El cambio de los caballos.

—Eso quisieras tú; pero te fastidias, porque el mio es mas grande que el tuyo.

—Pero mi peonza es mejor.

—¡No importa! ¡yo te la cambiaré en cuanto te duermas!

—¡A que nó!

—¡A que sí!

—¡Yo la meteré debajo de la almohada!...

—¡Y yo te la sacó y pongo la mia!

—¿Sí?... ¡del primer cachetel!...

—¡Pues dámele, por ver!

—Deja que no esté papá delante.

—¡Tonto!

—¡Borríco!

—¡Zopenco!

—¡Toma, zopenco y medio!

—Papá, Arturo me ha dado un puntapié!

—¡Mentira! es él, que me llama zopenco.

—Muger, por María Santísima, recóge los pañuelos y vámonos, porque estos chiquillos son insoportables y le voy á romper á uno una pierna antes que lleguemos á casa.

Durante los dias de feria, el cuadro que acabamos de trazar no deja de repetirse, con ligeras modificaciones.

### EL AMOR.

¿Green ustedes en el amor?

Nuestras lectoras nos dispensarán que les hagamos esta pregunta.

Pero no la hacemos sin falta de misterio.

En materia de amor, hay muchísimos incrédulos en el siglo diez y nueve.

Y á fé que no les falta razon para serlo.

Porque el amor es la cosa mas manoseada, mas generalmente admitida y mas problemática de cuantas existen en el mundo.

—¡Cómo! ¿problemática, cuando es el soplo divino que anima la naturaleza? ¿cuando á su imperio soberano obedecen lo mismo el hombre que la fiera, lo mismo el ave que anida en las breñas de los montes que la gallarda flor que perfuma con su aliento el aliento de las auras?

Esto dicen los poetas; pero ¡hagan ustedes caso de semejantes botarates!

Los poetas son locos de atar, que viven en un mundo poblado de impalpables y vaporosos fantasmas, y que no hacen sino llenar la cabeza de ilusiones y sandeces á los que toman por lo sério sus desvaríos.

Por consiguiente, los poetas no son voto en materia de amor.

La única prueba que podrian proporcionarnos seria señalarnos con el dedo la tumba de Abelardo y Eloisa, é improvisar al mismo tiempo una oda al *Amor y la Constancia*.

Pero ni la oda ni el sepulcro de aquellos dos amantes, que se murieron de amor, nos sacarian de dudas.

Recurramos, pues, á los apóstoles del materialismo, á los señores médicos, y repitámosles la pregunta con una pequeña variante:

—¿Qué es el amor?

—El amor es una enfermedad cuyo período álgido es peligrosísimo.

Aquí tienen ustedes el por qué Eloisa y Abelardo *murieron de amor*. Los infelices se hallaban sin duda en lo mas crítico del período álgido.

Entre la opinion de los médicos y la de los poetas, cada una de nuestras lectoras elegirá la que mejor le cuadre, con arreglo á su organizacion y temperamento.

Pero ya sea una enfermedad, como dicen los unos, ó ya un soplo divino que anima el universo, como aseguran los otros, lo cierto es que el amor ha sido, es y será origen de grandes crímenes, de heroicas acciones y de solemnísimos disparates.

Por mal que diga de las mugeres el mas incrédulo de los que consideran el amor como una enfermedad, pretendiendo curar cualquier doliente, solo conseguirá agravarlo en vez de proporcionarle algun alivio.

Lindo ejemplo de esta verdad es el siguiente diálogo entre Calisto y uno de sus criados:

—«Sempronio.

—»Señor.

—»Dame acá ese laud.

—»Señor, veslo aquí.



—»¿Cuál dolor puede ser tal,  
Que se iguale con mi mal?

—»Destemplado está ese laud.

—»¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá la armonía aquel que consigo está tan discorde? ¿aquel en quien la voluntad no obedece á la razon? ¿quien tiene dentro de su pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, cuidados, sospechas, todo por una causa? Pero tañe y canta la mas triste cancion que sepas.

—»Mira Nero de Tarpeya  
A Roma cómo se ardia,  
Gritos dan niños y viejos,  
Y él de nada se dolia.

—»Mayor es mi fuego, y menor la piedad de Melibea.

—»(No me engaño.... loco está mi amo.)

—»¿Qué estás murmurando, Sempronio?

—»No digo nada.

—»Di lo que dices, no temas.

—»Digo, que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta un vivo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

—»¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en un día pasa; y mayor la que quema un alma, que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia á la existencia, como de lo vivo á lo pintado, como de la sombra á lo real: tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto que si el purgatorio es tal, mas querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales que por medio de aquel á la gloria de los santos.

—»(No solamente loco, sino herege.)

—»¿No te digo que hables alto?... ¿Qué dices?

—»Digo que nunca Dios quiera tal: que es especie de heregía lo que ahora dijiste.

—»¿Por qué?

—»Porque lo que dices contradice la cristiana religion.

—»¿Qué se me dá á mí?

—»¿No eres cristiano?

—»¿Yo? Melibea soy, y á Melibea adoro, en Melibea creo, y á Melibea amo.

—»Como Melibea es grande, no cabe en el corazon de mi amo, y por la boca se le sale á borbollones. No es menester mas; bien sé de qué pié cojeas; yo te sanaré.

—»Increible cosa prometes.

—»Muy fácil; porque el principio de la salud es conocer la dolencia del enfermo.

—»¿Qué consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?

—»(Há, há, há. ¿Es este el fuego de Calisto? ¿Son estas sus congojas? ¿Como si solamente contra él asestase

sus tiros el amor! ¡Oh soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta fuerza pusiste en el amor, que es necesaria turbacion en el amante! Por maravilla su límite pusiste. Le parece al amante que atrás quedan todos: todos pasan y rompen, pungidos y agarrochados como ligeros toros, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre que por la muger dejase al padre y la madre; pero no solo á estos, sino á tí y á tu ley desamparan, como ahora Calisto; del cual no me maravillo, pues los sábios, los santos, los profetas, te olvidaron por ellas.)

—»Sempronio.

—»Señor.

—»No me dejes.

—»De otro temple está esta gaita.

—»¿Qué te parece mi mal?

—»Que amas á Melibea.

—»¿Y no otra cosa?

—»Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

—»Poco sabes de firmeza.

—»La perseverancia en el mal no es constancia; dureza ó pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamadla como queráis.

—»Torpe cosa es mentir el que enseña á otro; pues tú te precias de loar á tu amiga Elicia.

—»Haz lo que bien digo, y no lo que mal hago.

—»¿Qué me repruebas?

—»Que sometes la dignidad del hombre á la imperfeccion de la flaca muger.

«Lee los historiadores, estudia los filósofos, mira los poetas: llenos están los libros de sus viles y malos ejemplos, y de las caidas que dieron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye á Salomon donde dice que las mugeres y el vino hacen á los hombres renegar. Aconséjate con Séneca, y verás en qué las tiene. Escucha á Aristóteles, mira á San Bernardo. Gentiles, judíos, cristianos y moros todos están en esta concordia. Pero por lo dicho y lo que de ellas dijere, que no te acontezca el error de tomarlo en comun: que muchas hubo y hay santas y virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el vituperio general. Pero de estas otras, ¿quién te contaria sus mentiras, sus tráfigos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan osan sin deliberar. ¿Sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su resolver, su presuncion, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escárnios, su deslenguamiento, su desvergüenza?... Por ellas se ha dicho, arma del diablo, cabeza de pecado, destruccion del paraíso. ¿No has rezado en la festividad de San Juan don-



# LA EDUCANDA

Octubre 1862.



Huertas 28, principal Madrid.

1

13

14

9

12

11

2

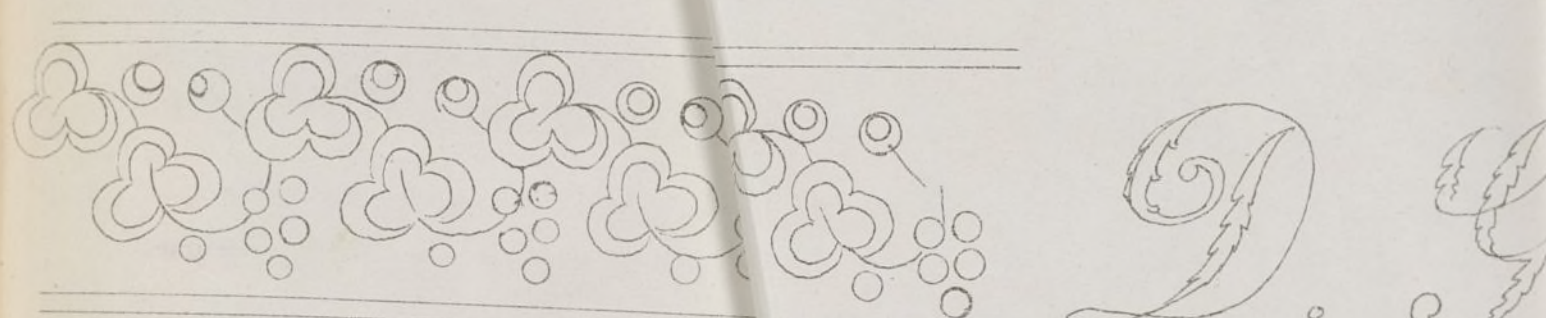
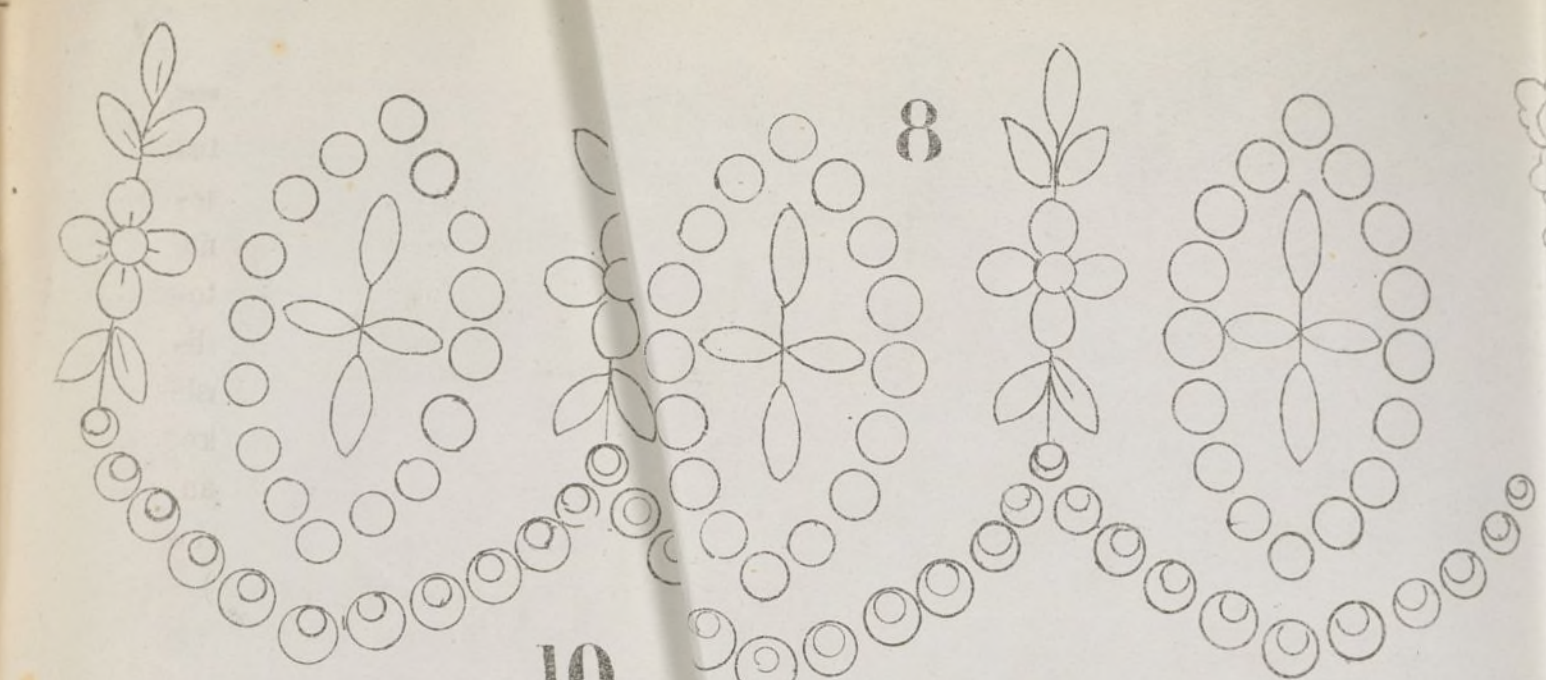
4

5

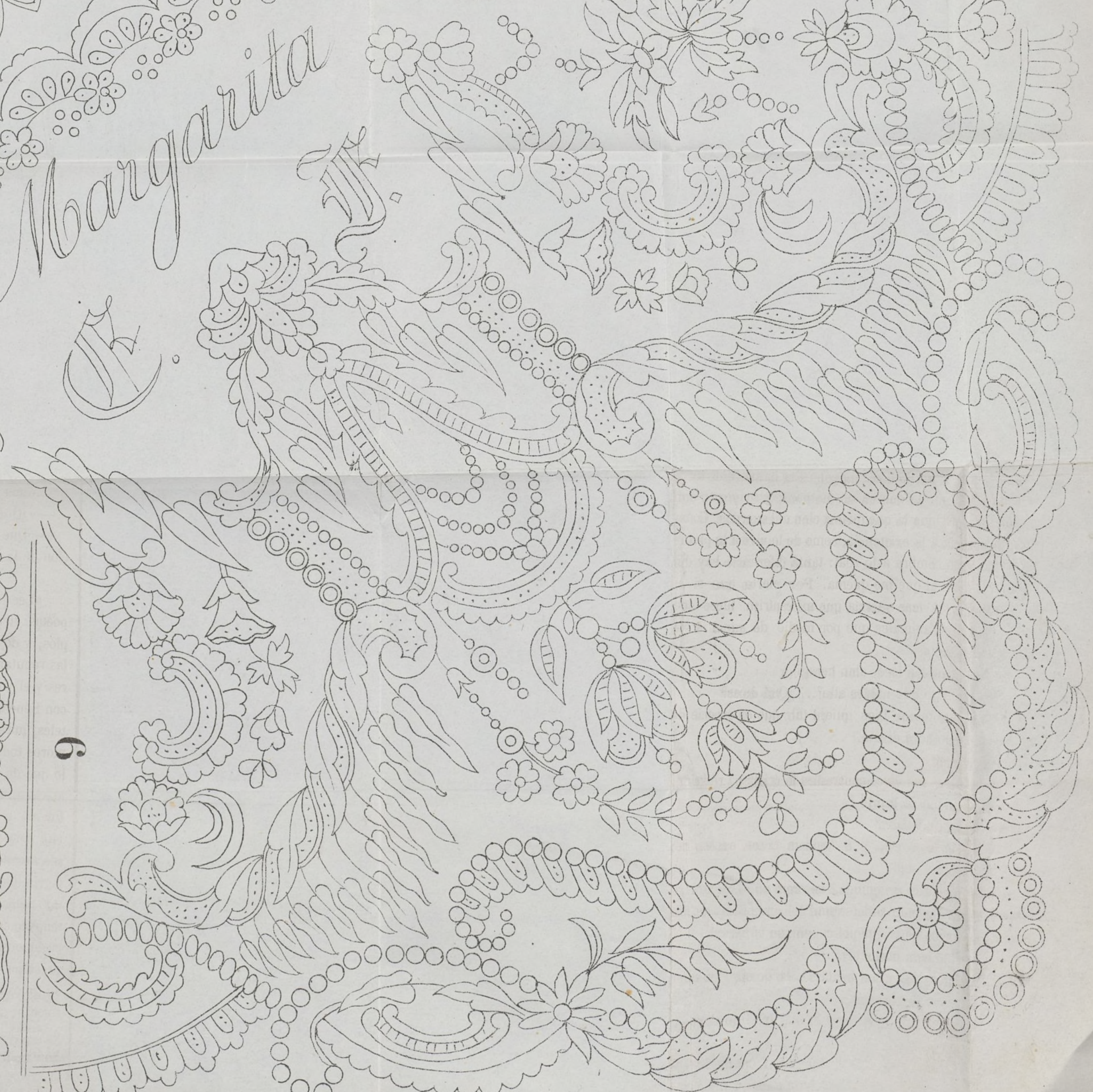
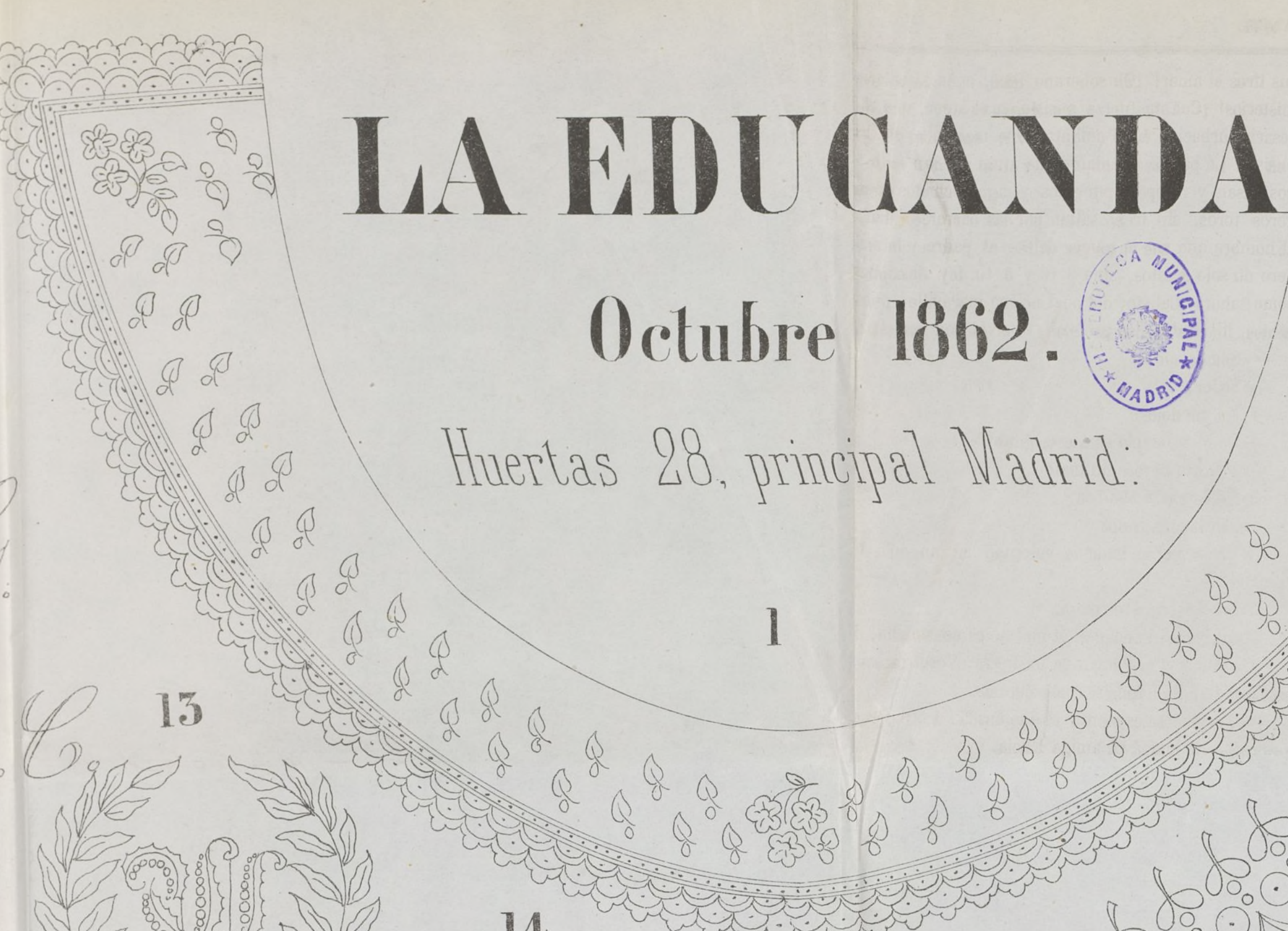
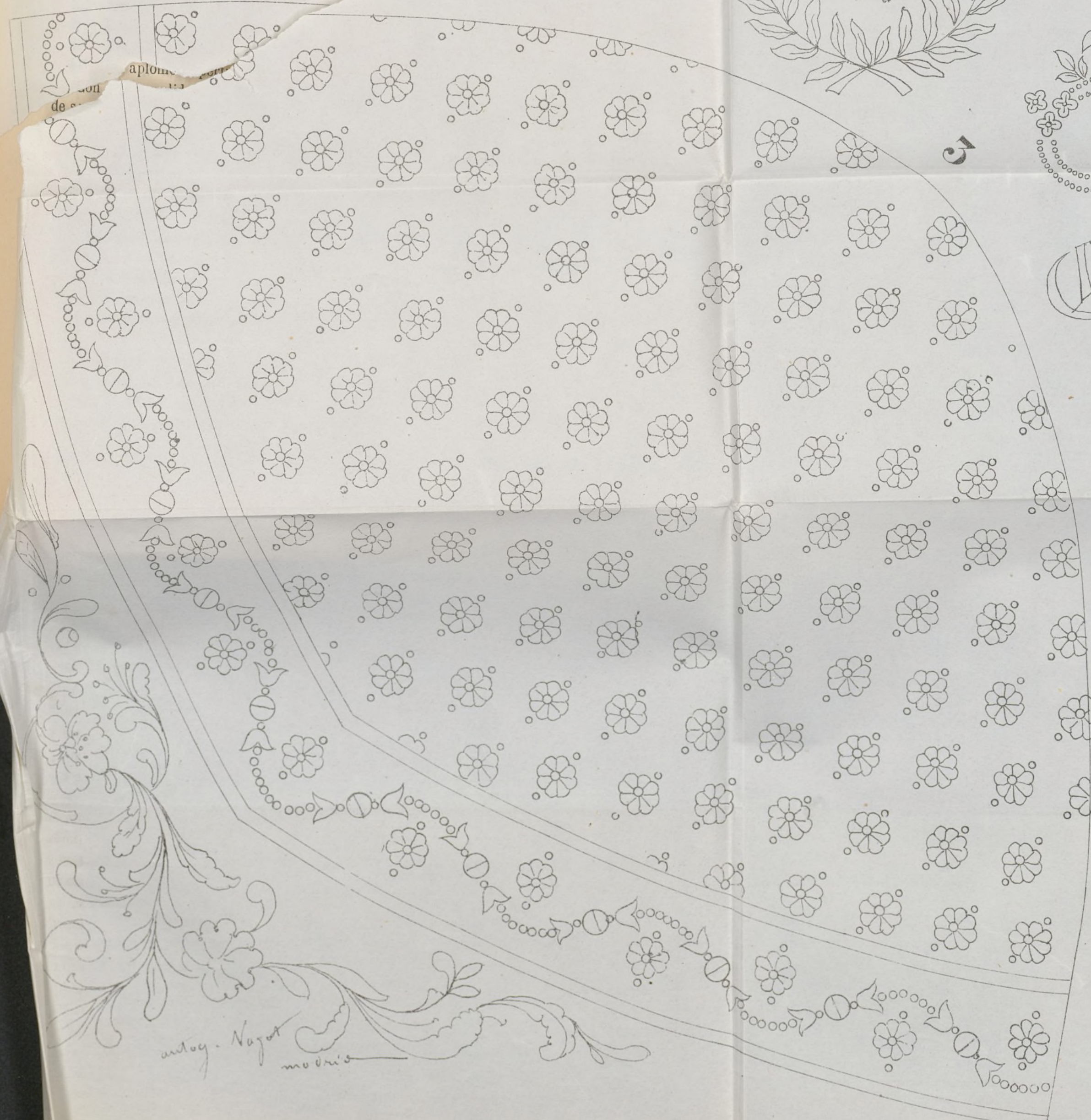
7

6

Ayuntamiento de Madrid



*C. G. B. J. G. B. J. R. C.*  
*R. C. H. J. J. C.*



*Cándida Pilar*

*Margarita*







de dice: *Esta es la muger, antigua malicia que á Adan echó de los deleites del paraíso; esta el linaje humano metió en el infierno; á este menospreció Elías profeta, etc?*

—»Di, pues, ese Adan, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron á ellas? ¿Soy yo mas que ellos?

—»A los que vencieron querría que remedases, y no á los que de ellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. Sabe que hacen cosas que es difícil entenderlas.... por rigor comienzan el ofrecimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros denuestan en la calle, convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensañanse pronto, apaciguense luego; quieren que adivinen lo que quieren. . . . .

—»¿Ves? Mientras mas me dices y mas inconvenientes me pones, mas la quiero. No sé qué es.»

Aquellas de nuestras lectoras que no crean en el amor — como sentimiento — convendrán con nosotros en que existe como enfermedad.

Por consiguiente, les aconsejamos que á los primeros síntomas la combatan con todos los recursos de la ciencia, porque el amor es como la tisis: en llegando á cierto grado, ya no tiene remedio.

A. B.

### LOS TONTOS.

Para merecer el título de tonto, es necesario:

- 1.º Una profunda ignorancia;
- 2.º Una incapacidad completa;
- 3.º Una alta dosis de suficiencia;
- 4.º Un aplomo imperturbable.

Con estas cualidades, una persona en sociedad puede ser muy divertida, hacerse notable, distinguirse por su necedad, y hacer, como se suele decir, su negocio. En cuanto á los tontos vulgares, es decir, á los fastidiosos, nadie les hace caso.

El duque de Matignon, el rey de los tontos de su tiempo, adquirió en este género una celebridad que jamás morirá, y que le valió los favores de la corte de Francia.

Estaba inquieto por saber qué era de las lunas viejas cuando las había nuevas.

Un dia preguntó si los perros del rey iban á pié á la caza.

Un hombre hablaba de la muerte de César, y el duque preguntó por qué aquel emperador murió sin confesion, siendo así que hay tantos sacerdotes en Roma.

Se elogiaba delante de él la elocuencia de Ciceron, y preguntó: ¿Ha hecho sus estudios con los jesuitas?

Una señora le referia que ella no habia tenido hijos;

y él le preguntó si su madre los tuvo, para saber si su esterilidad era de familia.

Hablando de una tempestad de mar, dijo que el barco se habia desbocado.

Refiriendo un combate naval, decia que mas de treinta galeras se habian quedado en la estacada.

Un dia se paró delante de la portada de un convento de fulenses, y como oyó afirmar que era del orden corintio, dijo: «Se engañan ustedes, caballeros; es de la orden de San Bernardo.»

He conocido, y esto no es cuento, un personaje cuyas tonterías figuraban ventajosamente al lado de las del duque de Matignon.

Vendió sus caballos porque, segun decia, no montando ya, aquellos animales estaban todo el dia con los brazos cruzados en su caballeriza.

Mandó hacer un retrete donde nadie mas que él y su muger metiesen las narices, para tenerlo aseado.

Mandó hacer un hoyo en su patio para enterrar un monton de escombros que estorbaba. —«Y dónde pondremos la tierra que saquemos?» —le dijo el albañil. —Nada mas fácil: haga usted el hoyo bastante grande para que todo quepa.»

A la persona de mas mérito se le puede escapar una tontería, por poco que se distraiga.

No habéis jamás de cosas que no conozcais, si no quereis exponeros á decir absurdos.

La tontería natural puede divertir un momento, y por lo mismo se tolera.

Pero el que dice tonterías para divertir á los demás, es mas tonto, en realidad, que lo que cree.

Ninguna persona de buen tono desciende al papel de saltimbanco.

Si no respetais vuestra dignidad, ¿quién quereis que la respete?

M. B.

### BIBLIOGRAFÍA.

UN LIBRO PARA MIS HIJOS. Con este título acaba de dar á luz el conocido y reputado médico D. Francisco Alonso y Rubio, ilustrado catedrático de la Universidad central, un bellissimo trabajo que hemos leído con gran satisfaccion. Entre los libros destinados á la educacion moral y religiosa de la infancia, se echaban de menos otros para la juventud, que estuviesen en armonía con el desenvolvimiento de su inteligencia, con las necesidades que se desarrollan en ese período de la vida y con los peligros que producen la vehemencia de las pasiones y la falta de saludables escarmientos. La obra del señor Alonso viene á llenar este vacío, y la sociedad y la familia acogerán presurosas tan apreciable trabajo, por el que se hace acreedor su autor á los elogios mas sinceros.

Dividido el libro en cuatro secciones, tiende la primera, con la exposicion de verdades innegables, á arraigar y robustecer en los jóvenes las creencias religiosas, y á



disipar la duda que tantas amarguras produce en la vida; en la segunda procura inculcarles los deberes morales, haciendo conocer la armonía que debe existir entre ellos y los derechos que por do quiera se proclaman; en la tercera se propone atacar los vicios, así individuales como sociales, que ya comprometen la salud del individuo y la tranquilidad del hogar doméstico, perturbando el orden de la sociedad, y en la cuarta se describen con sencillez y ameno estilo los principales fenómenos de la naturaleza, en cuyo estudio puede apreciar mejor el hombre la grandeza de la creación.

Tal es el objeto que se propone el señor Alonso en *Un libro para mis hijos*, cuyas páginas interesantes ofrecen un conjunto escogido de bellos pensamientos, de máximas profundas y provechosos y útiles consejos, de los cuales puede sacar gran fruto la juventud.

Al tratar del suicidio, del duelo, de la inmoralidad del juego, del lujo y del egoísmo, el señor Alonso traza otros

tantos cuadros admirablemente bosquejados, que revelan el profundo conocimiento del corazón humano, que posee el autor, y un criterio sano y elevado.

También son notables los artículos en que describe la aurora, la tempestad y las estaciones, por la galanura del estilo, por la propiedad y pureza en la frase, y principalmente por las máximas utilísimas y consejos provechosos que contiene para recomendar á sus hijos el método de vida mas higiénico y mas conveniente á su salud.

Bajo el punto de vista moral y físico, la obra del señor Alonso es una joya literaria, que recomendamos sinceramente á todos los padres que quieran ofrecer á sus hijos los ejemplos mas útiles y provechosos.

En la cubierta de este número encontrarán nuestras lectoras el anuncio de este libro, impreso con gran esmero y corrección.

P.

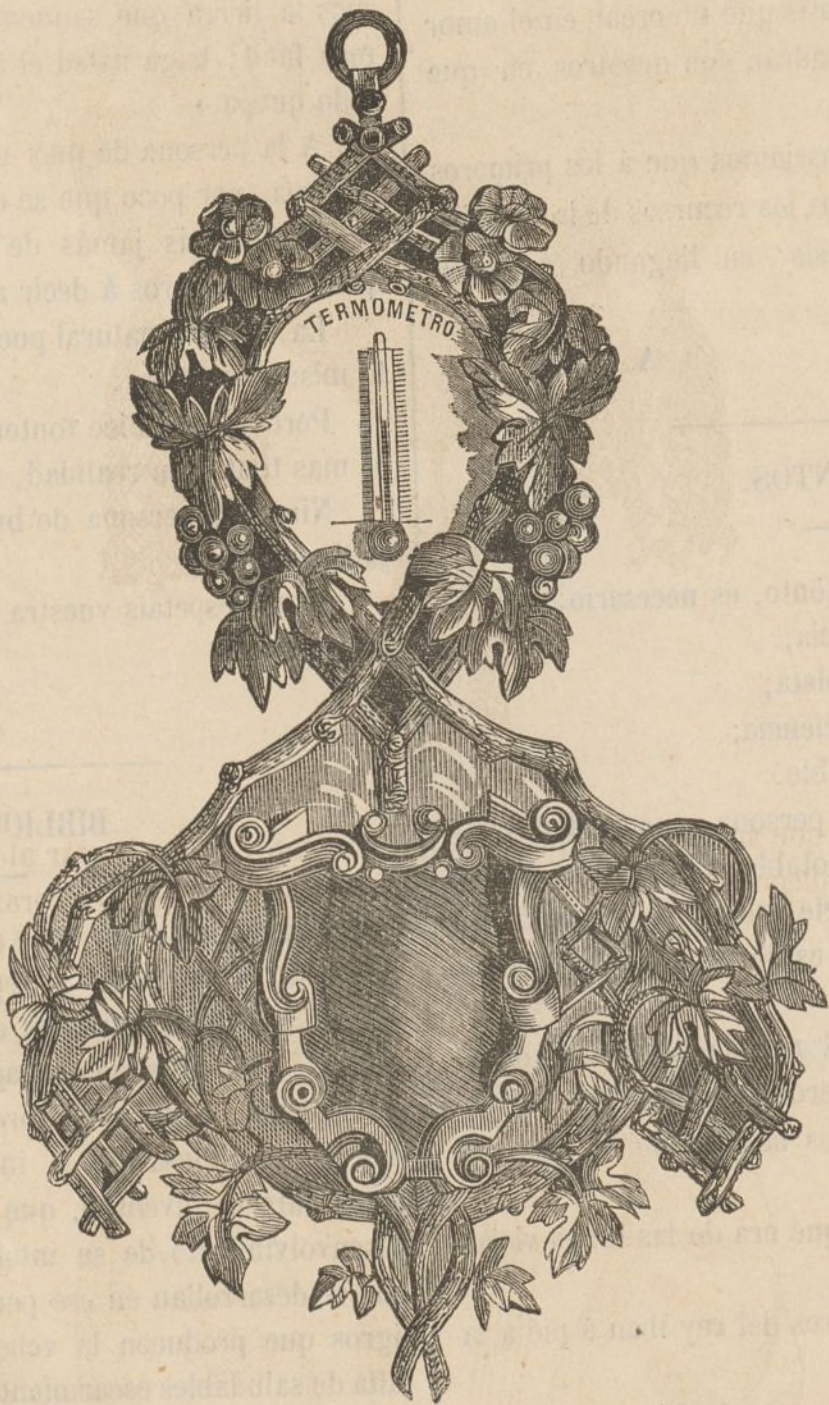
Porta-termómetro.

Este dibujo, que lo mismo se puede aplicar á lo que representa que á una relojera, se consigue con solo rellenar el acerico ó pequeña almohadilla de terciopelo, en la cual se puede bordar una cifra, ó si se quiere reemplazar por un bordado en seda sobre cañamazo muy fino, ó por pintura sobre seda, así como por un objeto equivalente.

La armadura es de cuero imitando madera, sea de encina ó cualquier otra sustancia vegetal de fácil preparación sobre el cuero, siguiendo el método que con mas seguridad crean nuestras lectoras conseguirlo, de entre los que hemos expuesto con motivo de otras labores en cuero que ya quedan explicadas.

Lámpara de suspensión.

El lindo aparato que representa este dibujo para suspender una lámpara, se hace todo con perlas de Alemania verde esmeralda, rojo de Indias, negro y azul de Prusia, en iguales porciones y en cantidad suficiente, según el tamaño: las incrustadas



en plata y oro son en mitad de cada una de las anteriores, y todo ello se ensarta en hilo de Irlanda núm. 5.

Para la ejecución de este trabajo se toma un cabo de hilo bastante largo, enhebrado en aguja de tapicería: se ensartan cuatro perlas rojas, una azul, una negra y una verde: después se pasa la aguja por una perla roja, se enfila otra plata, se pasa á otra azul, se toma otra oro, de aquí á otra negra, después otra plata, y se pasa á otra verde; y por último una oro, de la cual se pasa á la vez á otra roja y á la perla plata que está al lado.

Para la tercera vuelta se toma una perla de cada uno de los cuatro matices, la una sobre la otra, pasando la aguja alternativamente á otra perla de oro y perla de plata.

Para la cuarta vuelta se enfilan ó enhebran dos perlas de oro sobre la que está debajo; se pasa la aguja á la perla que queda al lado; después dos perlas de plata sobre la que está debajo, etc.

En la quinta vuelta se coloca por tercera vez una



perla de los cuatro matices ya usados, lo cual debe dar tres perlas de cada matiz, las unas debajo de las otras.

Para la sexta vuelta, continúaase llenando el hueco que queda entre cada perla, colocando siempre las rojas sobre las rojas, las verdes sobre las verdes, etc. Los aumentos se marcan por las perlas de oro y plata, para lo cual no hay mas que continuar en la misma forma que se viene haciendo desde el principio, es decir, alternando una perla de oro á una vuelta, y dos á la siguiente. Consúltese bien el dibujo y en él se hallará un fiel modelo que servirá de guía para la colocacion de las demás perlas.

Veintiseis vueltas, hechas del mismo modo, dan un tamaño suficiente para la suspensión, y se concluirá cerrándola con una bellota en la parte inferior, una en cada ángulo, cuatro cadenas de eslabones terminadas en lo alto por una sexta bellota: todos estos remates se harán con perlas de todos matices, donde se mezclen por orden los colores, entre las que predominarán el oro y la plata.

Para concluir este trabajo, dándole toda la gracia posible, se le adorna tambien

con flores artificiales, entre las que aconsejamos mezclar algunas rosas simétricamente dispuestas: tambien hacen buen efecto margaritas y yerbas.

#### Camiseta ó garibaldina.

Esta prenda es de muselina con cuello derecho, guarnecido de un doble orden de valenciennes, y formado por un entredos bordado. Está terminado por una corbata de muselina con los mismos encajes y entredoses.

#### MODAS.

Mis queridas lectoras, el recuerdo de nuestras pasadas alegrías es un eco que resuena en nuestro corazón y nos obliga á tender una mi-

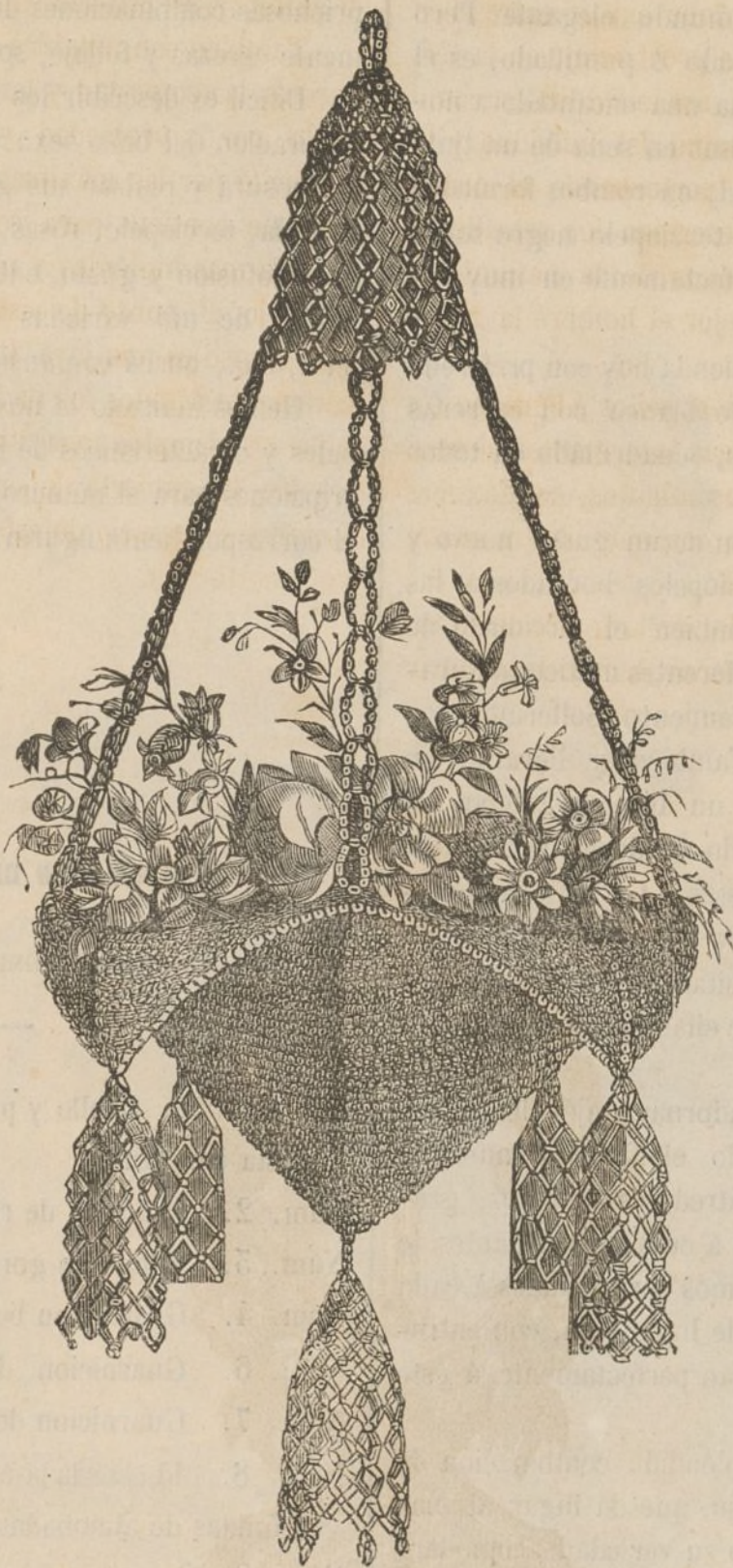
rada al pasado. Entonces una impresion melancólica vaga á veces, y se mezcla con una dichosa sonrisa; porque vos-

otras lo sabeis mejor que yo, la vida es un compuesto de luz y sombra que marcha al azar, hasta perderse en la tumba. Pero perdonadme si con mis reflexiones alzo una triste sombra hasta el azulado cielo de vuestra dicha: lo hago bien á pesar mio, al ocuparme hoy de las galas que trae el otoño para anunciar las del invierno, reemplazando á las alegres y vaporosas que os han adornado en verano: la sucesion de vuestros ropajes y toilettes, es un fiel trasunto de la marcha indeclinable del tiempo en la vida, cuando á la rica, variada y ligera confeccion de vuestros trajes de verano, viene á reemplazar la severa ornamentacion de las estaciones que la siguen, hasta que vuelve á mostrarse una alegre primavera. Imposible es, pues, pasar toda una vida sin que sobrevengan horas en que, recordando alegres momentos de nuestra risueña infancia, nos traigan á la memoria tiempos que contrastan dolorosamente con los que esperamos en el porvenir. Mas vengamos al objeto, que anhelais sin duda

impacientes, para borrar al menos con una sonrisa fugaz y transitoria en vuestro corazón, la tristeza que pueda infundirle todo recuerdo melancólico.

En primer lugar, los colores que la novedad reclama para los trajes, serán: el de cuero de Rusia, tornasol, azul celeste, madera y otros semejantes. En telas de rigor, *diamantino*, *grano de oro*, los diferentes matices de un azul brillante en tejidos de seda y lana y seda. Tambien la lana sola merece la preferencia para trajes de todo uso.

El rico moaré *antique* puntillado, con filetes negros y dibujos menudos brocados, espaciados y formando ro-





sas ó estrellas á punto ó bordado de seda de excelente calidad, se disputarán el triunfo con el glasé, que tanto favor viene gozando en el gusto del mundo elegante. Pero el vestido de moaré *antique*, fileteado ó puntillado, es el de gran toilette, para la que forma una encantadora novedad el brocado de pequeñas rosas en seda de un tinte dorado sobre fondo negro enclavado en rombos formados por filetes. También el floreado de terciopelo negro sobre fondos de seriedad, se destacan perfectamente en muy variados matices.

Para trajes de *soirée*, se recomienda hoy con preferencia el mismo moaré *antique*, fondo blanco con carreras de flores, y el género *Pompadour*, cuadrillado en todos matices.

El paletot Sehiller, imitación de un gusto nuevo y distinguido, forma modelo en terciopelos bordados á las puntas y en la boca-manga. También el terciopelo de lana, terciopelo *Montagnac*, los diferentes matices naturales de lana del Thibet, azul, pensamiento Solferino, son los gustos y colores dominantes. También se llevarán en terciopelo, lana, guarnecidos con un biés de tafetan de quince centímetros de ancho, picado en doce reprises que parecen formar otros tantos bieses. La casaca Lola-Montes, María Teresa, en el mismo terciopelo lana, serán de una riqueza y elegancia exquisitas por su forma y ornamentación, llevando algunas de ellas bolsillos de figura de escudo.

La moda de los encajes para adornar trajes de calle y baile, continuará mereciendo todo el favor de nuestras elegantes, alternando con ricos entredoses en lazos, grecas y las mil y una variaciones á cual mas elegantes de gusto distinguido, con que nos vemos sorprendidos á cada paso. Los encajes de Chantilly y de Inglaterra, con entredoses de distintos anchos, servirán perfectamente á este objeto.

Los sombreros lucen una espléndida combinación de flores, terciopelo, crespon ó encaje, que dá lugar al mas rico y agradable efecto, pudiendo su variedad acomodarse á todas las fisonomías y favorecer las dulces como las severas, las bellas y las agraciadas. Los colores mas en boga serán: melocoton, rosa encendido, matiz vivo de capuchina; y la composición de los adornos de una originalidad tan fantástica, que cada grupo de flores forme una creación sorprendente. Entre los que ya han satisfecho el gusto de las mas impacientes, podemos indicar uno de terciopelo verde manzana con un espléndido boton rosa entreabierto en medio del ala, acompañado de algunos otros botones mas pequeños, frutos de plantas gruesas, de una perfección admirable: de cada lado de este adorno cae una blonda blanca. Sobre la frente, y bajo el ala, lleva tul rizado, frutas y botones sujetos y perfectamente combinados. Otro tipo del mas exquisito gusto, es un sombrero de terciopelo negro con una larga pluma blanca, rodeando el ala, que está lindamente guarnecida de seda blanca: el bavolet con el mismo guarnecido y un penacho de plumas blancas, del que se destacan rosas y adornos de terciopelo bien entendido, caen al lado del

ala. Debajo de esta vá adornado de tul bullonado. También los sombreros de crespon malva, adornados con caprichosas combinaciones de tul, blonda, frutas, especialmente cerezas y follaje, son de una original elegancia.

Difícil es describir los infinitos y ricos tocados que la inspiración del bello sexo vá creando para engalanar su hermosura y realzar sus gracias; solo diremos que telas de seda, terciopelo, rosas, follaje, frutas, todo con la mayor profusión y gusto, entran en la composición de guirnaldas de mil variadas creaciones que para baile, toilette, etc., busca con ansiedad la elegancia.

Hemos indicado la novedad en los puntos mas principales y característicos de la moda, reservándonos las descripciones para el número próximo, á que acompañará el correspondiente figurín.

EMILIA R. Y R.

#### EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núms. 1 5. Cuello y puños á plumetis ó á punto de posta con feston.
- Núm. 2. Pañuelo, de rica aplicación.
- Núm. 3. Fondo de gorra de señora á plumetis.
- Núm. 4. Guarnición bordada á la inglesa y plumetis.
- Núm. 6. Guarnición, de aplicación.
- Núm. 7. Guarnición de la gorra núm. 3.
- Núm. 8. Id. bordada á la inglesa para pantalón de niña ó fundas de almohadas.
- Núm. 9. Guarnición de aplicación con ojete.
- Núm. 10. Entredos á feston para puño.
- Núms. 11 y 12. Pequeñas guarniciones bordadas á la inglesa y á plumetis.
- Núm. 13. Escudo á plumetis con inicial W á plumetis con budoques.
- Núm. 14. Escudo con inicial C. V. á plumetis y minuto.
- Pilar D. G., pedidas por una suscritora para bordar en pañuelo.
- Margarita T. G. B., id., id., para bordar á realce.
- Cándida J. G. B., id., id., id.
- J. R. C., id., id., id.
- R. C. II., id., id., id.
- J. S. C., id., id., id.





LA EDUCANDA.

Ayuntamiento de Madrid



# LA EDUCACIÓN

## LA EDUCACIÓN, ENSEÑANZA Y MODOS

La educación es el proceso de formación del individuo, que le permite adquirir conocimientos, habilidades y valores. Este proceso es esencial para el desarrollo personal y social de la persona. La enseñanza es el acto de transmitir conocimientos y habilidades, que puede ser realizada por un profesor o por el propio individuo. Los modos de educación son las diferentes formas de organizar y llevar a cabo el proceso educativo, que pueden ser tradicionales o innovadoras. La educación es un derecho fundamental de todo ser humano, y es responsabilidad de la sociedad garantizar su acceso y calidad. La educación es el camino hacia el progreso y la justicia social, y es el pilar sobre el que se construye una sociedad más equitativa y próspera.

LA  
los  
el  
cer  
-cin-  
la  
no  
  
Añ  
  
-lar  
a  
esgo  
to se  
luz  
-lor-  
B  
dos  
lio  
que  
ó un  
mal  
clina  
deber  
inicia  
rido  
cuena  
muy  
N  
tal qu  
y á la  
tida  
del h  
los in  
gir al  
quien  
genci  
conse  
brada  
ella  
cump  
mome  
inmed  
las e  
impor